

HISTORIA Y TRADICIONES DE LA INFANTERIA DE MARINA

(PRIMERA PARTE)



Mayor I. M. JAIME GOMEZ HERRERA

AL LECTOR

Un país sin historia y tradiciones es como un cuerpo sin espíritu, pues son ellas el marco en que se engastan el patriotismo y las demás virtudes cívicas.

Convencido como estoy del anterior aserto y de la influencia que la historia y la tradición tienen sobre los destinos de un pueblo o de una institución, no he vacilado en llevar a cabo este trabajo, animado del mejor deseo de que sus páginas sean útiles a la Infantería de Marina y contribuyan en alguna forma a su engrandecimiento.

No es mi propósito al escribir la "Historia y Tradiciones de la Infantería de Marina" hacer una obra literaria, sino corresponder a los justificados deseos de mis compañeros, ofreciéndoles una recopilación sucinta de los acontecimientos más importantes del Cuerpo a lo largo de su existencia.

El lector encontrará que a través de la Guerra de Independencia y hasta 1935 se menciona solo de soslayo el Cuerpo de Infantería de Marina, no obstante que aparecen nombres de patriotas militantes en sus filas. A este respecto considero necesario aclarar que, a pesar de las búsquedas realizadas, no ha sido posible hallar hasta la fecha la disposición oficial que lo creó; en cambio sí existen cartas y escritos varios desde los albores de nuestra Guerra Magna en que aparece como tal textualmente mencionado, y como Infantes de Marina los nombres de héroes que intervinieron en sus campañas, con lo cual queda borrada cualquier duda sobre su participación en aquellas gloriosas jornadas. Por otra parte, es obvio suponer que nuestros primeros marinos tuvieron que instalar tropas anfibas a bordo de sus buques al igual que ya para entonces España, Inglaterra y otras naciones disponían de bien organizados contingentes de Infantería de Marina como complemento de sus escuadras.

Quiero dejar en claro el hecho, que desde luego se podrá apreciar sin ambages a través de estas breves páginas, de que la Armada ha nacido del seno del Ejército Nacional. Y con este sentimiento como base, no he dudado en transcribir aquellos hechos de armas que durante la Guerra de Independencia y tiempos después fueron frutos de sus esfuerzos y así han sido reconocidos históricamente, pero que por razón del medio y de la forma en que se desarrollaron pueden catalogarse como operaciones anfibas. Al hacerlo así

no se ha querido otra cosa sino aprovecharlos como fuentes de doctrina y tradición.

Símbolos de tradición.

Los Infantes de Marina comprenden que sus tradiciones constituyen una parte tan vital como su propio equipo de campaña, su fusil y su munición; pero ante todo saben el empleo y los efectos que tanto unos como otros tienen en el cumplimiento de su misión. Estos preciosos sentimientos forjados a través de años en el yunque de cuotidianos y silenciosos sacrificios le sirven de acicate para el desempeño de sus tareas. Consciente de esta realidad y para representar en símbolos tangibles sus tradiciones, el Ministerio de Guerra aprobó el Escudo y la Bandera del Cuerpo de Infantería de Marina por Resolución N° 5402 del 13 de diciembre de 1961, cuya descripción es la siguiente:

La Bandera: Está constituida por dos rectángulos: uno exterior en color rojo de 110 X 135 cmts., y otro interior de 70 X 90 cmts. El rectángulo interior es de color azul prusia, y en el centro lleva el escudo de armas de la Infantería de Marina, cuyas características y significado se expresan más adelante. El color rojo es emblemático de las tropas de Infantería y el azul es el color característico de las Fuerzas Navales. Simbolizan ellos las principales características de las tropas anfibas, esto es, que se movilizan por mar y combaten en tierra.

El Escudo: Es de forma española con las clásicas proporciones de cinco

tantos de ancho por seis de alto. Está forrado en armiños, los cuales simbolizan las personas transhumantes que viajan tanto por mar como por tierra. Montado sobre el campo armiñado y teniendo como centro el corazón del escudo, lleva un ancla de oro en barra y un fusil color natural en banda; y como soporte, dos hipocampos en plata que significan el origen naval de la Infantería de Marina. En la parte superior tiene una celada en color sable que significa prudencia, honestidad y obediencia, virtudes características del Cuerpo. La celada tiene visera abierta para mostrar la caballería y nobleza tradicionales de los hombres de mar y está coronada por plumas gules y plata. La divisa o empresa está colocada en la parte inferior del escudo y consiste en una cinta de oro ondeante y bipartida en cada uno de sus extremos con la inscripción "**Voluntas omni superat**", que quiere decir que con voluntad se supera cualquier obstáculo, o sea, que los triunfos solo se coronan con la voluntad inquebrantable de vencer.

Origen de las tropas anfibas.

La historia del empleo de tropas a bordo de los buques de guerra para efectos de abordaje y desembarco se remonta hasta el origen mismo de los buques como instrumento bélico, y su incremento corre parejo con el desarrollo de la potencialidad naval de las diferentes naciones. Así, tenemos primero a los fenicios, quienes a bordo de sus buques llevaban contingentes de soldados armados con flechas,

hachas, hondas y ballestas, para sus asaltos en tierra y para sus operaciones de abordaje y contra-abordaje. Vinieron luego los griegos, quienes estatuyeron en sus navios el empleo, en forma permanente, de tropas entrenadas para las faenas de la guerra, tanto naval como terrestre y para sus operaciones de abordaje. Una de las más famosas acciones anfibas, que enriqueció bellamente la literatura universal en la pluma de Homero, fue "La Toma de Troya" en 1200 (a. c.), que comenzó con un asalto masivo desde el mar por parte de los griegos.

También los romanos organizaron a bordo de sus poderosas escuadras fuertes unidades de Infantería de Marina, con las cuales convirtieron prácticamente en propiedad privada el mar Mediterráneo, y por este motivo lo llamaron ufanamente el "**Mare Nostrum**"; y Julio César usó 800 buques en el Mar del Norte para desembarcar dos legiones en la antigua Albión.

En la organización que tanto los fenicios como los griegos y romanos le dieron a este tipo de guerreros puede apreciarse que fueron creados con el propósito específico de combatir, en contraposición con los tripulantes destinados exclusivamente a la navegación y los remeros a la propulsión.

Estas tropas de combate tuvieron misiones tácticas perfectamente definidas:

a) Luchar en los combates navales defendiendo las barbetas de sus propios buques y conduciendo los abordajes;

b) Capturar, ocupar y mantener las líneas de aproximación a un puerto extranjero cuando era necesario para la flota entrar en él, y

c) Capacitar a la flota para dar golpes de mano en tierra, por medio de una fuerza ofensiva pequeña, pero rápida y compacta.

Después de los romanos la Infantería de Marina jugó papeles importantes en el dominio de los mares y siempre constituyó el arma preponderante de las flotas. Tomó parte activa y fundamental en batallas tan decisivas para la historia como Lepanto y Trafalgar; en el Caribe tuvo su apogeo en la época de piratería, pues no otra cosa eran los Piratas y Bucaneros, quienes se desempeñaban en tierra con todo lujo como en el mar: eran anfibas.

No obstante, la Infantería de Marina en el sentido moderno y como una organización militar definida, data del siglo XVII cuando el Consejo Británico, durante el reinado de Carlos II y en acatamiento a los conceptos del Duque de York y Albania y Gran Almirante de Inglaterra, promulgó el día 23 de octubre de 1664 una orden del Consejo Británico por medio de la cual se dispuso el reclutamiento de tropas de tierra para trabajar en combinación con la flota y las llamó "Regimiento Marítimo del Almirantazgo", y como se pusiera a órdenes del mencionado Duque, la nueva Unidad nació con el pomposo nombre de "Regimiento Marítimo de Infantes del Duque de York y Albania".

Sin embargo, corresponde a los Estados Unidos de Norte América la glo-

ría de ser los verdaderos promotores de las doctrinas tácticas y estratégicas que orientan la Infantería de Marina en la actualidad, hasta hacer de ella el cuerpo aguerrido por excelencia, listo para intervenir en cualquier parte del mundo sin discriminación de climas o lugares y en tiempo por demás rápido, a voluntad exclusiva del Presidente de la Unión. Símbolo de tales características es el apodo de "leader-necks" (perros de presa) con que se les conoció en la Guerra del Pacífico.

Tuvo su origen este cuerpo en Acta del Congreso Continental Norteamericano del 10 de noviembre de 1775, por medio de la cual se autorizaba al Gobierno para reclutar dos Batallones de Infantería de Marina para el servicio continental. Más vino luego la "Guerra Naval" con Francia y fue entonces cuando el Congreso de los Estados Unidos apreció su verdadero valor.

La Segunda Guerra Mundial tuvo sus características propias: los Teatros de Operaciones se extendieron entre los varios hemisferios; se eliminó en la práctica el convencionalismo de las fronteras; los desplazamientos masivos de tan grandes ejércitos como nunca antes habían sido vistos; la disputa del terreno partiendo de cabezas de playa conquistadas a base de operaciones anfibia en extremo complicadas. Estas y muchas otras razones obligaron a las potencias a prestar una creciente atención a sus tropas especializadas en desembarco, hasta hacer recaer sobre ellas en no pocos casos el peso principal de las operaciones.

Pruebas de estos conceptos las tenemos en los desembarcos de las tropas aliadas en África y en Normandía, y en los famosos "saltos de isla en isla" en el Pacífico:

— En África el poderosísimo Ejército Americano tuvo que desembarcar en la Costa Occidental a miles de kilómetros del frente de batalla por cuanto carecían del elemento anfibia o no le dispensaban suficiente confianza.

— Para el desembarco en Normandía los Aliados precisaron de un período de preparación que, traducido en pérdidas materiales, vidas y gastos, fue tan costoso que solamente el poderío económico americano podía soportar.

— Por el contrario contemplamos el panorama de la gran cadena de islas del Pacífico y su nombres, estrechamente vinculados a la Infantería de Marina Norteamericana, dejaron salpicada la historia universal con las acciones más brillantes vistas hasta entonces en términos de guerra. ¿Hubiesen podido acaso realizar tales prodigios de tecnicismo bélico tropas no especializadas en operaciones anfibia?

Es indudable que este tipo de operaciones va a ocupar un lugar preponderante en cualquier otro conflicto parcial o total, como lo hemos visto últimamente en Corea y en Vietnam.

Tampoco nuestra historia ha sido ajena a esta realidad. Como muestra, baste con recordar las palabras del Almirante Padilla después del combate de Maracaibo y muchas otras operaciones de abordaje y desembarco, que lo

destacan como el más autorizado exponente de las lides marineras en Colombia, en carta dirigida al General Manr'que: "Desengáñese Vuestra Señoría y convenga en que la tropa de Infantería del Ejército es poco útil a bordo..." y se extiende luego analizando sus defectos y las ventajas que representa para las operaciones anfibiaas tener en los buques únicamente tropas especializadas en esta clase de maniobras.

Creo que con estos simples argumentos tomados al descuido y sin entrar en detalles por cuanto el tema es obvio, se demuestra muy claramente que el Cuerpo de Infantería de Marina no es un apéndice engorroso y antes bien es un brazo cuya necesidad es palpable a cualquier flota moderna. Es un órgano vital de la Marina sin el cual esta dejaría de ser total y completamente útil en la concepción de la guerra contemporánea y futura.

La Infantería de Marina en Colombia. Su participación en la Guerra de Independencia.

Haciendo caso omiso de la tradición y herencia hispanas de cuyas tropas anfibiaas es muestra contundente la defensa del Fuerte Castillo de Bocachica que hiciera don Sancho Jimeno, la historia de la Infantería de Marina en Colombia se inicia con los primeros fogonazos de la Guerra de Independencia.

Al regreso de don Francisco Miranda de Europa, con los pequeños auxilios allí recibidos y su entusiasmo personal, logró organizar en la Costa Oriental de los Estados Unidos una re-

ducida flota expedicionaria compuesta por aventureros y marinos mercenarios.

Acosado por la orden de captura que para su flota diera el Gobierno Americano ante las exigencias de los españoles, zarpó en los primeros días de 1806 con destino a las Antillas Inglesas en donde esperaba reforzarse. El 12 de febrero se reunió la Escuadrilla en alta mar en correcta formación, se presentó Miranda ante sus hombres con los arreos de General, y ante los vítores y aplausos de la tripulación, se izó por primera vez en la historia el pabellón amarillo, azul y rojo. La flota reunida estaba compuesta por los bergantines Emperador, Indostán y Leandro y algunas goletas, y la tripulación constaba de ciento ochenta hombres entre marineros y tropas de desembarco.

Continuó luego la expedición y llegó a Ocumare (Venezuela) el 25 de marzo. Repelida la flota por las autoridades españolas del puerto, hubo de recalar a Trinidad con la pérdida de dos goletas y sus tripulaciones. Allí organizó sus efectivos y con quince buques y quinientos hombres regresó el 2 de agosto sobre Coro, puerto que ocupó fácilmente. Mas, ante la apatía general de la población y debido a que los comprometidos, en su mayoría mercenarios, no cumplieron sus ofrecimientos y los pueblos no estaban preparados para romper el yugo, la revolución no tuvo séquito y Miranda se vio obligado a regresar a Inglaterra para defender su propia vida, ya que la persecución organizada contra él por

las autoridades españolas no le dio tiempo de mayores esfuerzos para levantar el ánimo de sus compatriotas.

Pero la llama de la libertad continuaba ardiendo cada día con mayor intensidad en la Nueva Granada y por fin llegó el 20 de julio de 1810 en que se constituyó un Gobierno Independiente en Santa Fé de Bogotá el cual, tras los primeros acontecimientos y experiencias, confió a su incipiente Marina la misión de cortar las comunicaciones y abastecimientos provenientes de España con destino a las autoridades realistas y mantener la propia vía del río Magdalena.

El Teatro de Operaciones de la Flotilla Independiente ofrecía, al igual que el resto de los territorios coloniales, un vivo contraste entre regiones, y especialmente ciudades, partidarias unas de la causa republicana y otras decididamente realistas. En la Costa Atlántica polarizaban esta situación las ciudades de Cartagena y Santa Marta como capitales de las provincias de iguales nombres, cuyo límite estaba constituido por el río Magdalena.

Una vez los republicanos lograron constituir su Flota la pusieron al mando de don Rafael Tono. El 30 de octubre de 1811 se embarcaron tropas de Cartagena en Barranca del Rey y el 4 de noviembre, después de abatir las piezas de la artillería realista de Guayamaro (en la Provincia de Santa Marta), se produjo el primer desembarco de las tropas independientes, a órdenes del Coronel Feliciano Rangel en la población de Tenerife con lo cual los rea-

listas hubieron de desalojar la margen derecha del río Magdalena.

Al calor de los hechos anteriores y de los acontecimientos políticos que se producían dentro y fuera de las colonias españolas, el 11 de noviembre de 1811 Cartagena proclamó su independencia, acto este que enardeció más aún los ánimos. En tal situación el Gobernador de Santa Marta don Tomás de Acosta, envió una bien armada expedición al mando del Coronel Pedro Domínguez para recuperar a Tenerife, población que fue ocupada por los samarios el 28 de diciembre, tras lo cual los patriotas fueron obligados a replegarse sobre Barranca del Rey y los realistas avanzaron hasta El Banco, quedando así en sus manos toda la margen oriental del río Magdalena.

Los realistas procedieron a fortificarse en El Banco y Tenerife y artillaron estas plazas, y a su vez los patriotas se organizaron para la defensa en Barranca del Rey y Zambrano, desde donde esperaban lanzar un contraataque.

Conocedor de estos planes el Coronel Domínguez organizó una expedición combinada para atacar a Zambrano por tierra y por el río y la población cayó en sus manos tras un ataque sorpresivo que se produjo el 23 de marzo de 1812 al amanecer. Lo inesperado del asalto y la poca preparación defensiva permitieron al enemigo apoderarse de casi todo el armamento, municiones, embarcaciones y víveres de que disponían las Fuerzas Patriotas.

Aunque los realistas no se preocuparon de perseguir a los derrotados y

antes bien regresaron inmediatamente al Banco y Tenerife, la victoria de Zambrano dejó en sus manos el río Magdalena, y las ciudades de Mompós y Cartagena quedaron prácticamente aisladas.

Los resultados de estas operaciones no se dejaron esperar: en los cartageneros mayores erogaciones para incrementar la guerra y desaliento en los seguidores de la causa patriota; y en los samarios, ante circunstancias tan propicias, su moral combativa se acrecentó y procedieron a ocupar la provincia de Corozal, con lo cual se aumentó aún más la penuria de Cartagena en cuanto a comunicaciones y abastecimientos.

Acosado por las circunstancias el Gobernador de Cartagena ordenó una operación anfibia sobre Tenerife en donde tenía su sede el Comandante de la Línea del Bajo Magdalena don Pedro Domínguez. A partir del 17 de julio se iniciaron las operaciones y el 30 se produjo el asalto al fuerte que concluyó con un rotundo fracaso para los patriotas, y los realistas quedaron dueños de la situación tras lo cual contra-atacaron y derrotaron una vez más a los republicanos en la población de Pedraza.

Los españoles quisieron explotar los éxitos obtenidos y de inmediato se dieron a la tarea de preparar una expedición contra Mompós, ataque en el que empeñaron el grueso y lo mejor de sus efectivos tanto en hombres como en materiales. Luego de un rápido asedio a la ciudad, la atacaron sucesivamente el 16, 18 y 19 de octubre, pero

los patriotas, resueltos a vender cara su libertad, infligieron a los realistas una contundente derrota que les dejó en sus manos 50 prisioneros, dos lanchas, provisiones y armamento. El despliegue de valor y energía de los mompósinos fue tal que les mereció para su ciudad el título de "Valerosa" que le otorgó el Cuerpo Legislativo de Cartagena.

A fines de 1812 los Departamentos de Corozal y Sinú se revelaron contra el Gobierno Republicano apoyados por tropas de Santa Marta, y una flota realista proveniente de La Habana amenazaba las comunicaciones externas de Cartagena. Organizada allí una expedición para recuperar el Sinú y las Sabanas a órdenes del Coronel Miguel Carabaño, se libró un fiero combate anfibio los días 26 y 27 de noviembre que culminó con la toma por los Independientes de la fortaleza de Zapote, combate en el cual se distinguieron por su osadía los ciudadanos: Joaquín Guzmán y Rafael Tono, Comandantes de las Goletas "Valerosa Monposina" y "La Constitución", respectivamente.

Estos éxitos parciales restablecieron los ánimos de los Independientes y el 6 de enero de 1813 se desarrolló un desembarco y fue ocupada Santa Marta por las tropas republicanas dirigidas por el Coronel Pedro Levatín, quien hubo de abandonarla nuevamente el 5 de marzo a bordo de la "Indagadora" debido al sorpresivo contra-ataque de los indios de la banda de Mamatoco, empedernidos realistas. Ante este fracaso el Presidente Torices de Cartage-

na emprendió otra operación para recuperar la ciudad y en abril se efectuó el desembarco en las ensenadas de Amares y Toribio a órdenes del Coronel Luis Bernardo Chatillón. Pero la fusilería del enemigo bien apertrechada y protegida por las breñas del terreno logró repeler el ataque y, no obstante el valor y denodados esfuerzos, los patriotas sufrieron un funesto descalabro acrecentado por la irreparable pérdida del Coronel Chatillón.

Nuevamente en el mes de agosto se intentó la misma operación al mando del Coronel Pedro Levantín y del Teniente de Navío Alejandro Chatén, con las tropas de desembarco apoyadas por la Corbeta "Indagadora" y algunas lanchas cañoneras y fuerzas sutiles. El ataque se inició el 15 de agosto y las tropas comenzaron el desembarco protegidas por la artillería naval pero su valeroso empeño se vio frustrado por el coraje de los defensores, teniendo que retirarse los patriotas al caer la tarde dejando muchos muertos en las playas.

La guerra en el Pacífico.

El Teatro de Operaciones del Pacífico, si bien difería del Atlántico en su geografía, presentaba características similares en cuanto al fervor ideológico de sus gentes: Cali ardientemente partidaria de las ideas revolucionarias; Pasto, realista intransigente; y Popayán que oscilaba entre una y otra causa. A fines de 1811 la Junta de Gobierno de Popayán quiso extender su influencia a todo el litoral en apoyo de algunos brotes independentistas apare-

cidos en Iscuandé y otros lugares de la Costa, y para el efecto dispuso el reclutamiento de 90 hombres en Cali y sus alrededores con los cuales se organizó una expedición a órdenes del Capitán **José Ignacio Rodríguez** (alias **El Mosca**) con la misión de ocupar los lugares de mayor valor militar del litoral y combatir a los realistas.

En Buenaventura fueron auxiliados los expedicionarios por el Cura de Raposo don Francisco Mariano Fernández con víveres, embarcaciones y algunos voluntarios, y al mismo tiempo recibieron informaciones sobre los planes de operaciones que adelantaba el Coronel Tacón, Comandante de las Fuerzas Realistas, para sofocar la rebelión en las poblaciones del Litoral y capturar a Iscuandé.

La expedición patriota zarpó de Buenaventura en los primeros días de 1812, pasó por Guapí y llegó hasta Iscuandé sin contratiempos. Por su parte, ya para finalizar enero, el Coronel Tacón embarcó sus tropas en Tumaco y, con el Teniente de Navío Pardo como Comandante de las Unidades Navales, llegó hasta la desembocadura del río Iscuandé al mando de 200 hombres, un bergantín, una cañonera y dos falcas, y de inmediato se dispuso a atacar a los revolucionarios y tomarse la población de Iscuandé, frente a la cual fundó su escuadra.

Mas la situación no era del todo favorable en las filas realistas, ya que se presentaban serias disensiones entre el Coronel Tacón y el Teniente de Navío Ramón Pardo en cuanto a la conducción de las operaciones, el apoyo

a las tropas por parte de los buques y otras desavenencias de carácter personal.

Aprovechando estas disputas entre los Jefes españoles, el 30 de enero los patriotas los atacaron desde las orillas del río y en algunas falcas en momento en que la baja marea había restado toda posibilidad de maniobra a la flota enemiga. El desconcierto fue tal entre los realistas que no acertaron a defenderse en ninguna forma y quedaron totalmente derrotados, habiéndoles sido capturados los pertrechos, embarcaciones, correspondencia dirigida a la Península y buena parte de sus tropas.

En el desconcierto del combate el Comandante Tacón logró huír en un bote y posteriormente se embarcó con destino a Guayaquil y Lima, luego de ser declarado insubsistente en el cargo de Gobernador de la Provincia de Popayán.

Esta afortunada operación dejó en manos de los patriotas prácticamente todo el litoral pacífico de la Nueva Granada el cual solamente en casos aislados se vio después perturbado por la acción de los españoles.

Toma de Cartagena.

En los primeros meses de 1815 salió Simón Bolívar de Santa Fe para la Costa Atlántica con instrucciones del Gobierno de libertar a Santa Marta y Riohacha. Una vez llegado a Cartagena surgieron serias desavenencias con el Gobernador de la plaza, por cuanto este proyectaba por su cuenta esta misma operación, y como resultado Bo-

lívar decepcionado se embarcó para Jamaica en el mes de mayo.

En agosto, complementando las funestas consecuencias de la división entre Bolívar y el Gobernador de Cartagena que había distraído y desviado los esfuerzos en pos de la defensa de las costas, apareció la flota española a órdenes del General Pablo Morillo frente a la ciudad y de inmediato inició su asedio. Aunque tardíamente, los cartageneros se aprestaron al combate supliendo con heroico entusiasmo la descabellada desidia de los días anteriores, y lograron reunir casi cuatro mil combatientes que se pusieron a órdenes del Gobernador Castillo. Este, asesorado por los más prestantes ciudadanos, dispuso el siguiente sistema de defensa: el canal de Bocachica se confió a los Tenientes Coroneles Doucoudray y Sta, con tropas de Infantería y guarnecidos en los Castillos de San Fernando y San José, respectivamente; la Flotilla a órdenes del Brigadier Eslava recibió la misión de defender el estero de Pasacaballos, la laguna de Tesca y La Boquilla; el convento del Cerro de la Popa fue puesto a órdenes del General Bermúdez, con cuatrocientos infantes y una pieza de artillería; el resto de tropas fueron distribuídas por las murallas con la misión principal de defender sus puertas a toda costa, a órdenes del Coronel Luis Rieux, Tenientes Coroneles Narváez y Cortés y el Capitán Herrera. El Brigadier Eslava a su vez organizó la defensa de su frente, habiendo confiado el sector de La Boquilla y la Laguna de Tesca al Capitán Rafael Tono, cubriendo así la con-

tra-pendiente del Cerro de La Popa, y bajo la responsabilidad del corsario Teniente de Navío Luis Aury puso el Estero de Pasacaballos y la isla de Tierra Bomba.

Por su parte Morillo apostó el día veinte de agosto su poderosa escuadra en Punta Canoa y frente a Bocachica, impidiendo la entrada de víveres por mar, y Morales cerró el cerco por los contornos de la bahía, obstruyendo por completo cualquier acceso por tierra. Mientras tanto el resto de tropas realistas se apoderaban de las Sabanas y hacían más remoto cualquier auxilio proveniente del interior. Para mediados de octubre empezaban el hambre y las pestes a hacer sentir sus demoleedores efectos en Cartagena, y la sangre empezó a correr a partir del día 25 cuando Morillo optó por bombardear la ciudad, exasperado ante la ineficacia del sitio. Intentó luego ocupar la Laguna de Tesca, pero dos veces fue rechazado con bravura asombrosa por las fuerzas patriotas apostadas en la Boquilla al mando del Capitán Rafael Tono. Ante este fracaso Morales atacó a la Flotilla de Aury, logró forzar el paso por el Estero de Pasacaballos y ocupó la bahía. Y entre tanto para agravar más las cosas el Gobernador Castillo fue acusado de debilidad y depuesto por el General Bermúdez, quien asumió el mando, y en su cargo dejó al Teniente Coronel Soublette.

Ya en noviembre ante los escasos éxitos obtenidos Morillo decidió atacar la isla de Tierra Bomba y el Cerro de La Popa. Inició Morillo el ataque al cerro al amanecer, a órdenes del

Coronel Maortúa, quien arremetió con tal intrepidez y sigilo que los asaltantes llegaron hasta poner sus escalas en las propias murallas del convento, y cuando daban por asegurado el éxito de la operación, el segundo de Soublette llenó el espacio con su grito "NO!... aún vive Piñango" y el grito fue acompañado por descargas de fusilería que obligaron al enemigo a replegarse. Tanta presencia de ánimo y valor mostraron los defensores que los asaltantes huyeron presos del pánico dejando el campo sembrado de cadáveres.

Por su parte Morales atacó a Tierra Bomba y fue rechazado después de cruenta lucha en el primer asalto; pero luego de dos días más de combate consiguió su objetivo. No así ocurrió en la puerta de Santo Domingo donde el Capitán Lino de Pombo y el Teniente Antonio José de Sucre hicieron sentir a los españoles la bravura de la sangre americana impelida por la sed de libertad.

En los últimos días de noviembre la situación de la plaza era desesperante y las tropas reducidas a un número irrisorio; al comenzar diciembre se encontraban los centinelas muertos de inanición. En verdad, se podía afirmar que el Pabellón Republicano flameaba sostenido únicamente por el grandioso y nunca bien ponderado espíritu de aquellos semi-cadáveres.

Ante la imposibilidad de resistir y pérdidas las esperanzas de recibir auxilios, se reunió una Junta de Guerra presidida por el doctor Elías López, quien remplazaba en tales días al Gobernador, la cual acordó la evacuación

de la ciudad. Al anochecer del día cinco de diciembre se inició el embarque de más de dos mil personas en los trece buques corsarios de que disponía el Teniente Aury, y a las tres y media de la tarde del día seis se dieron a la vela por entre el nutrido fuego de las baterías españolas. Habían soportado ciento seis días de sitio en el que pereció la tercera parte de la población de la "muy noble ciudad de Cartagena de Indias" que así, con la sangre generosa de sus hijos, escribió con idebles signos el título de blasón que le diera la República de "Ciudad Heroica".

A partir de esta fecha aciaga sigue tanto en la Costa Atlántica como en el interior del país el enemigo haciendo los mayores destrozos en las tropas republicanas y cometiendo toda clase de crímenes y depredaciones. Cuatro años de horror en que la sangre y el luto cubrieron con sus sombras a la Patria pero en ningún momento lograron apagar la llama de su libertad.

Ocupación del Litoral Atlántico y del río Magdalena. La primera Escuela Naval.

Conocido este nefando acontecimiento en las Antillas, Bolívar organizó una considerable fuerza naval y en enero de 1816 desembarcó en Barcelona (Venezuela), decretó de inmediato el bloqueo de La Guaira, Puerto Cabello, Cumaná, y destinó una Escuadra para apoderarse del río Orinoco.

Entre tanto el Almirante Brion regresó a Margarita en donde estableció el Almirantazgo e inició la organización de la Marina, con la cual empezó

operaciones sobre la costa oriental de Venezuela.

En marzo de 1817 el Libertador inició, con el apoyo de la Escuadra de Brion, la ofensiva contra la provincia de Guayana que concluyó con la toma de Angostura en el mes de junio tras algunos éxitos y descalabros. Quedaba así el Orinoco en manos republicanas, y allí nació la expedición libertadora de los Llanos Orientales de Colombia.

Por la misma época llegó a Cartagena de Indias el Virrey don Juan Sámano dispuesto a recuperar el dominio de la Nueva Granada. Su plan configurado de operaciones era el siguiente: amagar un ataque por el Chocó para lo cual envió una expedición que debía subir por el río Atrato al mando del Coronel Warleta; distraer la atención de los republicanos con fintas por el río Magdalena sobre Nare, y él dirigiría personalmente el ataque principal por Zaragoza para apoderarse de la Provincia de Antioquia. Pero su plan no pudo tener peores resultados: Warleta fue emboscado y rechazado en las bocas del río Murri y tuvo que regresar a Cartagena; mientras tanto en el Pacífico el inglés Juan Illingworth al mando de la Fragata chilena "Rosa de los Andes" se apoderaba de Micay, Iscuandé, Buenaventura y Tumaco en apoyo de los republicanos; y la flotilla que remontaba el Magdalena para operar sobre Nare fue totalmente derrotada en el Peñón de Barbacoas el 20 de enero de 1820.

El siete de marzo al conocerse los resultados de la Batalla de Boyacá, embarcaron Brion y Montilla en la isla de

Margarita al mando de la Legión Irlandesa y algunas Unidades de Infantería de Marina, con destino a las costas de la Nueva Granada, y con escasas fuerzas lograron la victoria de Laguna Salada (Guajira) contra los realistas al mando de Sánchez Lima; continuaron hacia el este y ocuparon a Sabanilla, Barranquilla y Soledad, y el 1º de junio Montilla puso sitio a "La Heroica" para recuperarla.

Entre tanto el General José María Córdoba ocupó a Nechí y, de acuerdo con las órdenes del Libertador, abrió operaciones sobre las sabanas y, con el apoyo del General Hermógenes Maza, quien se encargó de dirigir la flotilla, decidió atacar por tierra a Tenerife que estaba defendida por el Batallón Valencia. El asalto debía producirse al amanecer en forma simultánea. Pero las dificultades del terreno retardaron la marcha de las tropas que avanzaban por tierra y el General Maza, ante el peligro de ser descubierto por el enemigo" se lanzó al ataque. Tan bravío fue el desembarco y escarnizado el asalto que Córdoba solo tuvo tiempo para llegar y salvar un puñado de soldados españoles, únicos sobrevivientes del enemigo.

Vicente Lecuna en su "Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar" nos describe así el combate: "La acción de Tenerife se dio el 25 de junio. Maza atacó por sorpresa al amanecer con la misma intrepidez de su carga a la bayoneta en la gloriosa batalla de San Mateo. En el abordaje, a usanza venezolana, no dio cuartel. El Comandante Vicente Villa, viéndose perdido voló

su buque por no caer en manos de tan terrible enemigo. Los demás fueron todos dominados. Solo salvaron la vida veintiseis prisioneros y sesenta Granaderos del Regimiento de León escapados por tierra con el Comandante Esteban Díaz, al parecer el mismo Jefe de Estado Mayor de La Torre, en San Félix, y de Barreiro en Boyacá; en poder de Maza quedaron nueve buques de guerra, fusiles y municiones. Córdoba, a pesar de sus esfuerzos llegó cuando terminaba la acción. Solo pudo escapar un buque pero fue capturado en Sitio Nuevo por el Coronel José Padilla, destacado por el Almirante Brión con fuerzas sutiles formadas sobre la base de algunas flecheras de Margarita. La brillante victoria de Tenerife aseguró el éxito de la expedición de Montilla. La conducta de Córdoba, Maza, Brión y Montilla, por su puntualidad, acierto y energía, es digna de los mayores elogios. Este último, superior al infortunio, según expresión de Páez, triunfó en las circunstancias más difíciles por su audacia y talento".

El delirio producido por estas victorias fue tal que la fiebre de libertad cundió por doquier, y las tropas republicanas avanzaron como tromba victoriosa. En agosto Padilla ocupó a Ciénaga con su flotilla y Brión fondeó la suya frente a Santa Marta; Carreño destrozó en Fundación a Sánchez Lima, y todos unidos bajo los órdenes de Maza se tomaron a San Juan y el 11 de noviembre entraron a sangre y fuego a Santa Marta, apoyados por la flota que comandaba Padilla, quedando así el litoral prácticamente libre de

adversarios. Todos nuestros héroes se cubrieron de gloria, descollando entre ellos la figura procera de José Prudencio Padilla, héroe máximo de las jornadas de San Juan y Santa Marta.

Una vez concluida esta operación y consolidado el dominio total del Ejército Libertador en la Provincia de Santa Marta, pasó a primer plano entre las preocupaciones de Bolívar la culminación del bloqueo de Cartagena, iniciado tiempo atrás por Montilla. Para el efecto, se confió el mando de las fuerzas sutiles de Colombia al Capitán de Navío José Prudencio Padilla y este, después de batir al enemigo en Lorica, en un golpe de audacia penetró a la bahía de Cartagena el 24 de mayo de 1821.

Acordado un plan de ataque a la plaza en combinación con las tropas de tierra del General Montilla, el 25 de junio se inició al amanecer un violento combate anfibio en las afueras de la ciudad que culminó después de dos horas y media con la total derrota de las huestes realistas.

Ante este acontecimiento y bajo la presión ejercida en alta mar por la flota, el castillo de Bocachica capituló el día 6 de julio y fue ocupado por una Compañía de Infantería de Marina, y el 9 de octubre se rindió la plaza de Cartagena al General Montilla. Con esta operación quedó el Litoral prácticamente libre de adversarios y expeditas las vías del comercio exterior.

Aprovechando el receso que había proporcionado la toma de Cartagena y en atención a su importancia clave para la continuidad de la seguridad y

engrandecimiento patrio, el 28 de junio de 1822 expidió el General Santander, Vicepresidente de la República, el Decreto por el cual se creaba una Escuela Náutica en esa ciudad y nombró al Capitán de Fragata Rafael Tono como Director. El 22 del mes siguiente decretó la organización de un Batallón de Infantería de Marina compuesto por ocho compañías, y en el mismo autorizaba a los Comandantes de los Departamentos de Marina para distribuirlos en las plazas que estimaran necesario.

Operaciones en las costas venezolanas.

Batalla de Maracaibo.

A todas estas, y no obstante el casi cabal dominio de las costas, la ciudad de Puerto Cabello continuaba en manos de los españoles y su Comandante el General Francisco Tomás Morales pretendía por todos los medios ampliar sus dominios, razones por las cuales el Libertador ordenó su bloqueo inmediato. Ya se creía consolidada la independencia de Colombia y la rendición de Puerto Cabello era inminente. Bolívar confiado se dirigía a libertar al Perú, cuando el 24 de agosto de 1822 salió de Puerto Cabello, burlando el asedio, una Escuadra española compuesta de 14 navíos y mil doscientos soldados al mando de Morales. El 7 de septiembre se apoderó sin dificultad de la ciudad de Maracaibo y el 18 del mismo mes arrebató a los patriotas el castillo de San Carlos que constituía la defensa principal del lago. Nuevamente el nerviosismo se apoderó del Alto Gobierno presidido por el General San-

tander y de la ciudadanía en general y, ante el peligro de una invasión a los Departamentos vecinos de Maracaibo, en marzo de 1823 se autorizó al General Mariano Montilla para decretar el bloqueo de esta plaza.

Con tal objeto el 15 de marzo zarpó de Cartagena José Padilla, nombrado Comandante de la Escuadra republicana, y en el Puerto de los Taques esperó al Capitán de Navío Renato Beluche, quien le entregó sesenta hombres y cuatro mil pesos enviados por el General Soublette, Intendente General de Venezuela, como única ayuda para la expedición. Reunidos los capitanes de buque al mando de Padilla, ante la descripción exacta de la situación, angustiosa por demás, aprobaron por unanimidad la temeraria proposición de Beluche de penetrar al Lago de Maracaibo forzando la barra del mismo nombre, operación que según acta fue calificada, así: "El golpe no es seguro y sí expuesto, pero es preciso hacerlo así, como obsequio a la salud de la Patria y al honor de las Armas de Colombia".

Al medio día del 28 de marzo zarpó la flota del puerto de los Taques guiada por el bergantín "Independiente" como buque insignia y se lanzó sobre la barra de Maracaibo con sin igual arrojo despreciando las violentas andanadas que les lanzaba el enemigo desde el Castillo de San Carlos. El "Independiente" se varó dos veces y lo mismo ocurrió al "Marte" y a la "Espartana", habiendo necesidad de quitarles parte de la tripulación y artillería para desvararlos. El "Gran Bolí-

var" se encalló y recibió 15 impactos de cañón y, ante el inminente peligro de caer en manos del enemigo, su Capitán Nicolás Yo'li en gesto heroico le prendió fuego: la columna de humo que se produjo fue el postrer vestigio de sus hazañas.

El 14 de mayo se fondeó Padilla en Punta Palma y allí mismo el 20 tuvo el primer contacto con la flota enemiga y, aprovechando un viento favorable, logró ponerla en fuga. El 16 se embarcó el Batallón Zul'a en Ceibita, puerto de la costa occidental del Lago y tras algunos pequeños encuentros y escaramuzas en los días sucesivos, el 16 de junio desembarcaron doscientos hombres del Batallón a órdenes del General Manrique, y se tomaron a la ciudad de Maracaibo, después de seis horas de sangriento combate. No obstante, más tarde tuvieron que replegarse ante el contra-ataque de dos mil quinientos españoles comandados por Morales, no sin antes llevar a bordo algunos compatriotas voluntarios, embarcaciones, armamento y abastecimientos de toda índole capturados al enemigo.

El 14 de julio llegó el Almirante español Angel Laborde procedente de Curazao a reforzar la plaza con tres goletas artilladas, dos mercantes y noventa Oficiales, y de inmediato dirigió a Padilla un ultimatum en los siguientes términos: "Participo a V. S. que me hallo con medios muy sobrados para conseguir su total exterminio, si estos fuesen mis deseos y mi intención: pero solo ansío por ver cesar los males de la guerra, e interim evitar la

efusión de sangre... Por lo tanto y ante todas estas cosas, propongo a vuestra señoría una honrosa capitulación...". Como respuesta obtuvo de Padilla la siguiente comunicación: "Aseguro a vuestra señoría que no le daré la molestia de venir a recibir mi saludo, muy distante de ese apostadero, e iré por el camino de la gloria a encontrarlo, si no tuviere que deslastrar mis buques... Un numeroso ejército obra por todas partes para pulverizar el miserable resto de alucinados que lo rigen, y es extraño que vuestra señoría deje de reconocer la justicia que me asiste como la luz del día nos alumbró a todos".

En los días subsiguientes tuvieron lugar pequeñas acciones y el 21 tomaron posiciones las Escuadras para definir la batalla. A las 11 de la mañana fue Padilla de buque en buque leyendo la siguiente arenga: "Compañeros: la puerta del honor está abierta; el enemigo nos atrae y nosotros lo esperamos. ¿Qué mayor gloria podríamos desear? ¿Superiores en fuerza, valor y decisión, le temeremos? No! ni el General Padilla ni los bravos que tiene la honra de mandar vacilan jamás al ver al enemigo a su frente, sino por el contrario, ansían porque llegue este momento. Compañeros: Yo estoy cierto que la gloria nos lo proporciona para descansar, y os aseguro la victoria porque este es el último esfuerzo de nuestro agonizante enemigo. Vuestro General os acompañará como siempre hasta perder la existencia, confiado en vuestro valor y en la justicia de nuestra causa. Colombianos: morir o ser

libres". Luego impartió las últimas instrucciones y consignas y ordenó terminantemente luchar sin tregua hasta derrotar por completo al enemigo o morir en la refriega. Muestra de ello fue su orden de cubrir con la arena las cubiertas de los buques para no resbalar por efectos de la sangre y ordenó armarse hasta los cocineros.

La Escuadra española constaba de catorce buques mayores y quince menores y la Colombiana de tres bergantines, siete goletas y doce unidades sutiles. El 23 por la noche se fondeó en Alta Gracia y Laborde al norte de Maracaibo; así permanecieron hasta las dos de la tarde del 24 en que un viento favorable indicó la hora del combate. Padilla ordenó izar la señal de abordaje y dejarla amarrada "cueste lo que cueste" con lo cual corroboraba su irrevocable decisión de vencer o morir. La Escuadra republicana avanzó en línea recta al enemigo y abierta en alas, así: el ala sur a órdenes de Padilla, Beluche y Tono; la norte a órdenes de Yoly, Vega y Caldera; y el centro a órdenes de Batista, cortando así toda retirada al enemigo que desde el primer momento se desplegó a la defensiva. A las tres y cuarenta y cinco rompió fuegos el adversario en tanto que la flota de Padilla avanzaba estoica y firme sin disparar un solo cañonazo, hasta el momento en que casi los penoles se tocaron. Todos cumplieron su deber. Los Infantes del Batallón Zulia iniciaron el abordaje, supliendo con su arrojo la técnica y con temeridad, la inexperiencia. La lucha fue bravía y a las seis de la tarde

cuando el Almirante Laborde dio la voz de retirada, las azules aguas del lago se vieron recamadas de púrpura y los últimos fulgores del sol iluminaron así el ocaso del Imperio español en la Gran Colombia. Allí ofrendaron generosamente su sangre, entre otros Infantes de Marina, el Teniente Pedro Herrera, el Subteniente Antonio Sánchez y el Sargento Pedro Mendiola, cuyos nombres aparecen en la lista de bajas que envió el Almirante Padilla a la Secretaría General de Guerra, juntos con otros cuarenta y dos muertos y ciento dieciocho heridos. Son ellos entre nosotros lo que el Teniente Presley O'Banon para la Infantería de Marina Norteamericana. Su valor y patriotismo ha sido su más precioso legado a la posteridad, y para Colombia constituyen un grandioso e inclaudicable ejemplo.

Ocaso de la Marina Colombiana.

Una vez concluida la Guerra de Independencia con la batalla de Ayacucho y la rendición de Puerto Cabello, el Gobierno pensó ayudar a Méjico a exterminar los últimos rezagos del Ejército realista en Veracruz y luego, en combinación con tropas mejicanas, llevar a cabo una expedición anfibia a las Islas de Cuba y Puerto Rico con el fin de desalojar definitivamente a los españoles de América y prevenir así cualquier intento de contra-ataque. Para ello se requería una Marina respetable y se procedió inmediatamente a la adquisición de buques, con dineros obtenidos de un empréstito con Ingla-

terra. Después de haber invertido cuantiosas sumas en la preparación de estas expediciones, se hizo evidente la imposibilidad de llevarlas a cabo, tanto por la carencia de los recursos necesarios como por la intromisión de los gobiernos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que se manifestaron opuestos a la expedición de las Antillas. En consecuencia, se suspendieron los preparativos y los buques se amarraron en los muelles de la bahía de Cartagena.

Durante la Administración del General Tomás Cipriano de Mosquera, por Decreto del 25 de noviembre de 1845, debido a la crisis económica en que se encontraba el país, se ordenó la supresión de la Fuerzas Navales de la República: los buques se desartillaron y luego se vendieron y el personal fue dado de baja.

De las experiencias que nos dejó la guerra de la Independencia podemos extractar las siguientes conclusiones:

a) Es digna de ejemplo y admiración la certera visión estratégica de nuestros libertadores que desde un comienzo captaron la imperiosa necesidad de mantener una poderosa flota como elemento indispensable para llevar a feliz término la guerra. "Sin la Marina no hacemos nada; esto lo se hace tiempo" le escribía Santander a Páez.

b) Es de importancia decisiva mantener tropas de desembarco a bordo de la flota como complemento de su poder combativo a fin de hacer efectiva la fase de explotación del combate y para la defensa de puertos y costas.

c) Con la desaparición de la Marina vino el abandono y consiguiente retraso de los litorales formándose en los gobiernos y en la masa de la población una mentalidad perfectamente medite-

rránea, la cual a su vez trajo como consecuencias para Colombia la pérdida del Departamento de Panamá que lamentamos en todos los tiempos.

(Continuará).

